

NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CENTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.
Madrid: trimestre..... Pesetas. 2,50
No se admiten suscripciones para Provincias.

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.
Paquete de 25 números ordinarios, pe-
setas..... 2,50

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

Nuestro dibujo.—Técnicismo, por José Sánchez de Neira.—Toros en Aranjuez, por D. Jerónimo.—Revista de Toros (13.ª Corrida de abono), por id.

NUESTRO DIBUJO.

Ya vuelve á casa el bravo picador que durante tres largas horas ha tenido en terrible ansiedad y angustia á la hermosa Pepiya, su fiel compañera y madre de sus hijos. Tres horas en que ni el rezó á la imagen de la Soledad, ni la lectura de El cura de Aldea, ni las caricias de sus pequeños, han conseguido apartar, ni por un momento, la imaginación de Pepa, de la corrida de toros en que ha tomado parte su queridísimo esposo.

¡Cuántas veces se ha dicho, sollozando á solas, nada me falta, tengo cuanto quiero, soy la reina en mi casa, pero esta tardes son terribles! ¡y tan largas!

Todo sin embargo lo olvida al ver llegar á su marido, á Paco el Bravo, como le llama la gente. ¿Qué importa que venga contusionado si al fin vuelve? ¿Qué importa una ligera descalabradura, si ante todo y sin atender á cosa alguna ha tomado en sus brazos al inocente Juanito, su pequeño hijo, levantándole en alto entusiasmado, y cambiando una insinuante mirada con Pepa, que contempla alegre la risa del parvulito y la satisfacción de Paco el Bravo?

Hasta Palomo, el inteligente perro de la casa, toma parte en la dicha que entonces parece se respira en aquel modesto hogar.

Para pintar un cuadro tan interesante como el que presentamos en este número de LA LIDIA, se necesita sentir y tener la inspiración que han demostrado nuestros aventajados artistas.

TECNICISMO.

Á UN TIEMPO.—AL ENCUENTRO.

Con igual laconismo que el que usé en mi anterior artículo publicado en LA LIDIA del 11 de Agosto último, y que titulé «Enhiarse», «Perfilarse», me propongo en éste tratar de la semejanza que para algunos tienen en la fraseología tauromaca las voces «á un tiempo» y «al encuentro», o encontrándose, que usan indistintamente como de igual acepción ó parecida, para designar una suerte de matar; sin detenerse á reflexionar, que no es ni puede ser lo mismo una que otra y que tienen entre sí diferencias esenciales que las separan por completo.

Pocas palabras, precisas, y que en lo posible no den lugar á dudas. Así me haré entender, que es mi deseo.

Cuando el matador, viendo al toro parado y cuadrado, se arranca á él como debe ir al volapié, y al verificarlo, en aquel mismo momento emprende su viaje el animal, es indispensable que si ninguno se aparta de la ruta empezada, se hallen en el centro de la suerte, y al dar la estocada el diestro se llame ésta ó se diga que fué á un tiempo.

Cuando el espada se halla colocado á más de tres metros de distancia de la cabeza del toro, ve que éste se le viene á entrar en su terreno, y con serenidad, lejos de huir, se dirige, mejorando su jurisdicción á derecha ó izquierda según convenga, á encontrarse en el centro de las distancias que antes ocuparon, en cuyo acto clava su estoque, se denomina la suerte «al encuentro».

Es decir: que en aquel primer modo de matar lo mismo que en el último, en el terreno medio que ocuparon respectivamente la fiera y el hombre—y que es el que se llama centro—es donde se consuma la suerte, siendo forzoso, para que así suceda, que una y otro se arranquen ó dirijan á buscarse. Esta es la causa sin duda alguna de que muchos confundan ambas suertes, y para que así no suceda vamos á explicar sus diferencias.

En la estocada, más claro, en la suerte de matar á un tiempo, el torero está más cerca de la res; ésta se halla cuadrada y parada, y si no viera al diestro engendrar el movimiento de arranque, que es cuando el toro engendra el suyo, alegrado sin duda por el instinto de coger, es posible que en muchos casos diese lugar á la cita con la muleta para ser recibido.

En la titulada al encuentro, el diestro, que está preparándose á enfiar con el testuz, para lo cual ha de adelantarse algo, ve que el toro se dirige á él antes de que pueda situarse convenientemente, y entonces avanza con rapidez, procurando tomar el frente del testuz, aunque necesite para conseguirlo ladearse de su primitivo punto de partida.

De manera que en la primera de dichas suertes, es el hombre quien indica antes el arranque: en la segunda, es el toro el que la inicia. En aquella el torero parte en rectitud del sitio primeramente ocupado: en la última, enmienda en el viaje su colocación. En una palabra, que se ejecuta la suerte de matar á un tiempo por la voluntad del hombre, si quiera sea simultánea la del toro; y que por verse obligado el espada de conciencia á no huir ó á dar un pase inútil, lleva á efecto la segunda.

Si se me pregunta cuál de las dos tiene más mérito, casi no me atrevo á contestar.

La ejecución de las suertes del toreo, depende de tantos accidentes, de tantos detalles y circunstancias que á veces la más difícil es relativamente fácil, y la que en general ofrece pocas dificultades, se hace comprometida ó imposible en multitud de ocasiones, por la índole de las reses, el estado en que se encuentran, el sitio que ocupen, y hasta por la disposición de ánimo del torero; pero yo, siempre en

igualdad de circunstancias, he concedido más simpatía á la manera de matar *parando*, ó á la que de algún modo se aproxime á la de esperar—y poco menos que esto es ver venir al toro, y en vez de esquivar el peligro, irse á él con valor, para corregir en aquel crítico instante su mala ruta ó dirección.

Las dos suertes de matar, que han sido objeto de este artículo, son derivaciones de las de volapié, que sólo se inventó por Costillares para suplir á la de esperar, cuando los toros están ya apurados de facultades y *no se vienen* al engaño.

Como no son estrictamente iguales, como no se practican las originarias del toreo, tales como son en sí, ha habido necesidad de subdividir, digámoslo así, las que quieren ser semejantes ó al menos parecidas, dándolas forzosamente nombres nuevos para hacerlas comprender. Hay que admitirlas por lo tanto, como otras muchas que explican suertes, que muchos miran y pocos ven, y algunos que las ven no saben explicar.

JOSÉ SANCHEZ DE NEIRA.

TOROS EN ARANJUEZ.

CORRIDA CELEBRADA EN 5 SETIEMBRE DE 1884.

¡Feria en Aranjuez! ¡Trenes baratos! ¡Toros del Duque y de Hernández! ¡Frascuelo y Mazzantini! ¡El Chuchi y Badiá! ¡Pablito y Pulguita! ¡Los más antiguos representantes del toreo-verdad y los más aventajados discípulos de la misma escuela!... ¿Qué legítimo madrileño permanece en la Corte después de oír aquellas exclamaciones que en todos los círculos se venían escuchando hacía más de veinte días? ¿Qué aficionado entendido deja de ver una corrida que reviste todos los caracteres de un verdadero acontecimiento?

En marcha, pues, y adelante, que no todos los días se ofrece una solemnidad tauromaca tan incitante como la presente.

¡A Aranjuez!! Veamos sus frondosas alamedas, sus magníficas fuentes, sus incomparables jardines, y sobre todo la preciosa Plaza de Toros, estrenada el 14 de Mayo de 1797, que se reedificó en 1829 y que acaba de embellecer, haciendo en ella obras costosas, una Empresa que cuenta entre sus socios á uno de nuestros más simpáticos lidiadores.

¡A Aranjuez!! que allí adquirieron fama justísima Montes, Redondo, Cayetano y Domínguez, verdaderos maestros del arte.

¡A Aranjuez!! que van á lidiar reses de verdad los toreros que representan la escuela rondeña, sin cuarteos, ni recortes, ni zaragatas: que torea en corto y por derecho, y que sienten en su pecho el entusiasmo de la emulación.

¡A Aranjuez!! que allí hay mujeres hermosas que pueden hacer competencia á las *barbianas* de Madrid, y hay fondas, cafés, títeres, teatro, alegría, bullicio, ruido, músicas, cohetes y.... LA MAR.

Vamos á Aranjuez, dijo LA LIDIA, y toda ella se trasladó en cuerpo y alma al Real Sitio, para dar luego cuenta á sus lectores de la corrida anunciada. Aparte de la obligación que nos hemos impuesto, ¿quién resiste á la tentación de ver si salen ciertos los augurios de los entusiastas, y verdaderas las ilusiones que han forjado en su mente los aficionados antiguos de Madrid?



Con verlo basta.

Omitiremos las peripecias del viaje, fonda, feria y demás que no tienen con la corrida inmediata relación, y describiremos ésta con la imparcialidad que es de costumbre en las columnas de LA LIDIA.

Gran golpe de vista ofrecía la Plaza por dentro, completamente llena, y ocupando los palcos, en su mayoría, bellísimas señoras. Muchos, casi todos los conocidos en Madrid como buenos aficionados, estaban repartidos en diferentes localidades, pero en agrupaciones de seis ó más individuos, y el tiempo estaba delicioso.

Dieron las cuatro, sonó el ronco tímbal, hizo el paseo como en Madrid, marchando al frente de las cuadrillas Salvador Sánchez, con traje grana y oro, y Luis Mazzantini, con azul y oro, sin que el primero denotase al andar resentimiento alguno de la relajación que en la pierna izquierda había sufrido toreando en Palencia, y se presentó en el redondel.

Pajareo, toro del Duque de Veragua, negro, bragado, bien armado, aunque algo caído del izquierdo, y de poder; tomó dos varas de Chuchi, una de Cirilo y una del reserva Manolo Rodríguez, despachando al primer picador dos jacos. Cambiada la suerte, tomaron las banderillas Plabito y Regaterín, clavando aquí, al cuarteo, medio par y uno al relance, y éste un par pasadito después de dos salidas falsas; y Frascuelo, con tres pases derecha, cuatro altos y dos cambiados, pinchó una vez sin soltar; otros cuatro con la derecha y dos por alto, precedieron á un buen volapié algo contrario; otros cuatro de cabeza á rabo y un desarme á otra arrancando, saliendo de naja, y á otra corta y buena, saliendo mal.

Catalán, de Hernández, se presentó en segundo lugar. Era berrendo en negro, caprote, botinero y de buena cuerna, aunque despitornado de ambas, y tenía más poder que dureza. Tomó nueve varas, de las que siete pertenecen á Cirilo, una al Chuchi y otra á Rodríguez: clavóle dos pares de palitos al cuarteo, Galea, y uno y medio malitos el Minuto; y Mazzantini se fué al bicho, que parece buscaba la dehesa. Doce pases derecha, cinco altos y dos cambiados, precedieron á un pinchazo sin soltar, en que el toro se huyó, y después de un pase de telón, estando liando se le arrancó el toro, y aunque como pudo, y según su maña, le tapó con la muleta los ojos, no pudo evitar la caída de espaldas; pero en el acto se levantó, tomando del suelo á una vara de distancia el trapo, y dió un volapié magnífico de los que forman época.

Por *Cantineo* conocían al del Duque, que salió después. Negro listón, astifino y ligero como un gamo, mató un caballo á Rodríguez por un pinchazo, otro al Chuchi por dos, y Cirilo pincha cuatro veces sin detrimento alguno. Ostión puso en dos veces tres banderillas al cuarteo y Pablo uno á la media vuelta, porque el toro se tapaba. En las tablas le buscó Frascuelo, cerca de ellas le pasó con cinco altos y cinco con la derecha, y armándose en corto, le dió tan soberbio volapié, que el toro cayó hecho una pelota. Mejor no se ha dado hace años.

Al cuarto, cárdeno oscuro y barroso, le llamaban *Descolorido*, y lo era, así como algo vuelto de cuerna. Se contentó con siete varas, dos de Badila, perdiendo un jaco; una de Agujetas y tres de Rodríguez, á quien también despachó un bacterio sin fumigar, y con dos pares y medio de banderillas que le pusieron entre Galea y Pulguita cuarteando. Tomó los trastos Mazzantini, se dirigió á las barreras 50 al 53 del tendido número 2, brindó á los que las ocupaban (mozos de pluma de primera talla) la muerte del toro, y se la dió de una corta delantera algo caída, previos tres pases altos y tres con la derecha, ayudado por Frascuelo, concluyendo con un buen descabello.

Molinero dicen que tenía por nombre el quinto. ¡Caramba que toro! de piel barroso oscuro, bravo de condición, ligero y de poder, y de negras y afiladas armas, acometió á Badila cuatro veces y le mató dos aleluyas: tres veces á Agujetas para despacharle otros dos pencos: una á Rodríguez para matarle el caballo y otra á Chuchi para despampanarle contra el suelo. El Regaterín le colgó un buen par al cuarteo y medio á la media vuelta, y Ostión uno alto pero abierto, también al cuarteo y medio malo al relance. Frascuelo empleó la siguiente deslucida faena: Cuatro pases con la derecha y cuatro altos en que le buscó el toro las cosquillas, y un pinchazo malo: dos con la derecha y uno alto: otro pinchazo mejor: seis altos naturales y otro pinchazo: dos pases y otro pinchazo: cuatro naturales pasándose una vez sin herir y dando luego una corta delantera y caída: otros dos pases y un amago, con otra contraria arrancando, y alegrando desde lejos, por creer que el toro era burriciego: un intento de descabello y un golletazo. Por esto debió empezar, que á un toro como aquél no hay quien lo mate bien á ley, y esto debía conocerlo el Señor Salvador, para no aburrirnos.

El último, berrendo en jabonero, despitornado y caído del izquierdo, se llamaba *Telares*, de la vacada del Duque, y algo voluntario; tomó tres varas de Badila con pérdida de un saltamontes, y dos de Agujetas. A petición de los forasteros, Mazzantini clavó un excelente par al cuarteo, y Frascuelo otro bueno también, saliendo antes una vez en falso, repitiendo la suerte Mazzantini, que de noche casi, tomó el estoque y mató á *Telares* de un pinchazo y una media estocada alta y arrancando en corto, después de once pases de preparación.

Y... á Madrid! gritó la gente, y á Madrid nos volvimos.

RESUMEN.

La corrida buena, sin que pueda calificarse de excelente. Ha cumplido muy bien el ganado, sobresaliendo el quinto de Hernández y cuarto del Duque, y conociéndose en todos el esmero con que están criados, y la edad, que por cierto no era la de la infancia.

Hemos visto á los picadores poner muy buenas varas, picando en lo alto, nunca en las paletillas y sin rasgar ni una sola vez, y eso que los tumbos que han llevado han sido de órden. Badila fué elevado una vez por el cuarto toro hasta

la altura de las gradas, cayó dando una vuelta en el aire; y aunque el bravo chico quedó atontado por un momento, volvió á su puesto de honor con coraje. Todos se han portado bien.

Menos bien, en lo general, han estado los banderilleros, de los cuales se han llevado las palmas Ostión y Galea. Bregando, Pablo.

Y vamos con los matadores.

Frascuelo es el matador de siempre, sereno y pinchando corto y por derecho en la mayoría de los casos: pero esto no basta, y el viernes ha tenido una prueba de que á veces debe preferirse una silba—que al fin viene—á cansar y aburrir á los espectadores. Nada le decimos en su primer toro, al que sin embargo pudo despachar antes *metiéndose más* en la segunda estocada: le elogiaremos hasta lo infinito aquel soberbio volapié dado á su segundo bicho, con una precisión matemática en el arranque, en el centro y en la salida, como hace mucho tiempo no se ha visto; pero vamos á criticarle por la muerte dada al quinto de la corrida. Desde la suerte de banderillas sufrió el toro una completa transformación, pasando de noble y voluntario, que así estuvo en las varas, á receloso y de sentido en alto grado: esto es verdad que nadie pone en duda. Tampoco hay que dudar que al presentarse el matador ante la res, desparramó ésta la vista, amenazó salir por la derecha y en la mitad del viaje se fué al bulto dejando el engaño: que repetida ésta acometida segunda y tercera vez *con colada*, el matador debió tirarse con fe en la primera aunque se hubiese ido á los bajos, y no querer herir por derecho, á un toro tan pronto humillado como encampanado, de salidas inciertas, reservado, etc. No queremos nunca los *revuelos* ni las trampitas, pero vale tanto un mete y saca á tiempo!

Bueno Mazzantini, en quien no sabemos cómo apreciar lo que parece valor, temeridad ó desconocimiento del peligro. Ello es que se arrimó, que mató con arte y puso banderillas como un maestro. ¡Repararon mis lectores que allí estuvieron, que en la muerte de su primer toro, al que dió tan buena estocada, arrancó más de lejos que de costumbre? ¿que en el segundo fué más cerca y no entró tanto? ¿y que en el último se colocó inmejorablemente y no pinchó con fe? ¡Si pudiéramos dar el corazón que á este chico le sobra, á quien tiene mas saber y menos valor...!

Para concluir: se picó bien; se pareó regularmente: se mató por derecho: no hubo recortes: ni en los quites medias verónicas, sino largas en corto terreno y sin correr atravesando el redondel para cansar las reses. En lo demás, lo que no ha sido bueno, ya queda dicho bajo la fe de

DON JERÓNIMO.

TOROS EN MADRID.

13.^a CORRIDA DE ABONO.—7 DE SETIEMBRE 1884.

Para inaugurar la segunda temporada anunció la Empresa toros de Gonzalez Nandín, como diciendo: sólo los verdaderos aficionados saben lo que son toros de primera; para los demás, que componen el gran número de asistentes á las corridas, tanto les da que sean castilianos como andaluces; pondremos cuatro espadas para seis toros, y lo que no va en calidad, vaya en cantidad. Pero el hombre propone y Dios dispone. Corrieron voces de que Luis Mazzantini, espada en cuarto lugar, había manifestado su disgusto porque al estoquear un solo toro llevaba desventaja respecto de los que tenían dos que matar; y no sabemos si por esta manifestación ó por qué realmente así haya sucedido, el sábado se fijaron cartelitos previniendo, que habiendo salido herido en San Sebastián Fernando Gómez, no tomarían parte en la corrida, ni él ni su cuadrilla. Quedaron, pues, Rafael Molina, Paco Sánchez y Luis Mazzantini, y como picadores de tanda José Bayard—*Badila*—y Antonio Rodríguez (*el Nene*).

Muchos aficionados querían comparar la corrida de Madrid con la de Aranjuez, inclinándose, según sus afecciones, á los toreros que más simpatías les inspiran, y por esto mismo afirmamos nosotros que no es posible establecer comparación alguna. Para el joven enamorado, su novia es la más bonita entre todas las mujeres, así sea pelona, chata y con ojos verdes y pequeños: para el aficionado á los toreros, ó si se quiere al toro de una escuela, no le satisface lo que hacen los de la que es diferente en sus detalles, sino en su esencia. Relatando los hechos como sucedan, los lectores podrán entre sí apreciar el trabajo de los lidiadores *parados* y de los *mevidos*, y marchar con los que más les guste y apetezcan.

El día estaba espléndido; la entrada un lleno, poco después de empezar la corrida, que estaba señalada para las tres y media, y colocado en el sillón presidencial el señor D. Leonardo Pérez de Mier, Teniente Alcalde interino, flameó el pañuelo, sonaron los clarines, se hizo el despejo y se presentaron las cuadrillas al compás de la música y de los aplausos. Lagartijo llevaba uniforme azul y oro, Paco morado y plata, y Mazzantini grana y oro. *Corrida* la liave y sin colocarse los capotes en sus puestos, y mucho menos los matadores, el Buñolero abrió la puerta del lazareto y salió al redondel, un toro nombrado *Carbonero*, negro mulato, astiverde, que después de lancearle con tres verónicas medianas Rafael, tomó dos varas de Badila y dos de Rodríguez (el Nene), matando á cada uno un penco. Con otras de José Calderón y otra de Agujetas, pasó á banderillas, cogiendo un par de sobaquillo Juan, otro cuarteando Manene, y otro al *gran cuarto* Juanito. Poco codicioso fué á la muerte, que le dió Lagartijo de una corta laeada, cuarteando y con paso atrás, previos dos pases naturales, seis con la derecha, dos de telón y dos cambiados: para otra á la atmósfera precedió uno con la derecha; luego un desarme y cuatro con la derecha fueron el prelujo de una estocada andando, honda y contraria. ¡Y aplaudieron!

El segundo se llamaba *Revuelto*, negro bragao, ligero, astiblanco, y algo caído y estrecho. Con cuatro varas de Badila, tres de Rodríguez y tres de Manuel Calderón, matando dos caballos al primero—y gran abundancia de recortes por los matadores—lástima de multa—sonó el clarín para banderillas, y Punteret, con una salida falsa, puso un gran par al cuarteo, echándose al suelo el animal rendido. Otro par mediano puso el Aragonés, y concluyó Punteret la suerte con otro excelente par. Tomó los trastos Paco Sánchez, dió un cambio en la cabeza, cinco naturales, dos altos, uno cambiado y tres con la derecha, pinchando bajo sin soltar y atizando luego una alta hasta el puño, que bastó para que el toro besara el suelo.

Libito se apellidaba el tercero; grande, sardo, hociblanco y regularmente armado. Badila puso una vara, con pérdida de jaco, M. Calderón, tres, con caballo muerto, y Agujetas cinco, de ellas una muy buena. En seguida Pulga y Minuto salieron á parear, plantando el primero un buen par en las péndolas, otro bueno Minuto, con exposición de su personalidad, y otro muy bueno el Pulga.—Salió Mazzantini á buscar al toro, le encontró en las tablas junto al cuatro, le pasó siete veces, en aquel terreno, y el toro se le fué: le pasó luego en otro terreno diez veces con la derecha, dos cambiando, y trabajando mucho para conseguir pararle; en cuanto pudo, le dió una soberbia estocada á un tiempo, tan derecha, que el animal no anduvo más que tres pasos hacia atrás para caer. (¡A mar de aplausos.)

Era el cuarto pequeño, negro y finito. *Breguero* de nombre, cornicorto y revoltosillo; tomó dos varas de Badila y dos de M. Calderón, recelándose muy pronto y aculándose á las tablas, en las que mató un jaco al segundo. Con cuatro más de Agujetas, concluyó la suerte y empezó la de palitos. Manene puso al cuarteo un par bajo, otro lo mismo Juan Molina, y repitió el primero con otro mejor. Lagartijo se dirigió con calma al bicho, que estaba huido, se avistaron después de un rato, le dió seis pases naturales, ocho con la derecha, dos cambiados y tres de zaragata, tirando la montera, y se fué al volapié en las tablas, con paso atrás, clavando medio estoque en la cruz.

Por *Estornino* conocían al 5.^o en su tierra. Se presentó corretón, con traje negro y bragas blancas, y no mal armado. Paco Frascuelo le dió cuatro verónicas buenas, y dos mejores de frente por detrás, que fueron muy aplaudidas. Badila pinchó cuatro veces y perdió un penco, dos Calderón y una Agujetas, sin perder nada; y el Panadero clavó una banderilla, el Aragonés otra baja, y luego el Panadero un par completo.

Paco Sánchez, viendo al toro huido, quiso pasarlo en corto, y en corto sufrió dos coladas, en otros tantos pases naturales, y dándole cinco con la derecha, seis altos, y otro natural, propinó al bicho una arrancando, que entró poco y salió mal, y otra grande contraria cuarteando, y volviendo la cara. Intentó descabellar, sin conseguirlo; el toro se echó, levantándolo Alones; intentó otra vez el descabello, tiró el estoque, cogió la puntilla, la clavó en mal sitio, tomó de nuevo la espada y el animal se acostó aburrido.—Alones le remató.

Y salió el sexto, *Cosquero* de mote; ancho de astas, pequeño de cuerpo y ligero de patas. ¡Qué blandito y qué falta de poder! El pobre sufrió ocho varas de Badila, una de Rodríguez y otra de Calderón, y á petición del público, salieron á parear los espadas. Mazzantini, parando, clavó un par abierto; Paco, cuarteando, otro desigual, y Lagartijo, del mismo modo, uno muy bueno. Mazzantini tomó los trastos, pasó al toro con tres naturales, once con la derecha, cuatro cambiados y diez altos, sin conseguir cuadrarle; al darle el último pase de estos, no dió salida á la res, y tomándole ésta el muslo izquierdo, le volteó, dejándole tendido á sus pies.

El hombre se levantó sin pretenciosa jactancia, pero con entereza, delante del tendido núm. 5, y empuñando el estoque, dió al bicho, tirándose bien, un pinchazo en hueso, alto; y luego, previos dos pases, se tiró con una recta á volapié, un poco caída, entrando y saliendo bien, echándose el toro después de unos cuantos capotazos.

RESUMEN: La corrida mediana, y nada más: demasiado han hecho los becerretes para la lidia que se les ha dado.

Medianos los picadores, que no siempre han picado alto; y alguno, como Manuel Calderón, tomando la suerte en las tablas y contraria. Medianos los banderilleros, sobresaliendo el Pulga y el Manene; pero bregando, el primero, que sabe dónde está y lo que hace.

De los espadas por este orden: Mazzantini, Lagartijo y Paco Sánchez.

Hizo Lagartijo la faena del primer toro mal, y muy lejos de la reputación que ha sabido adquirirse. Ya que no quiera corregir el defecto de cuarteo al herir, mire al menos dónde pincha; porque eso de dar estocadas al aire, se queda para aprendices. En el segundo, bueno, dado su modo de arrancar.

Paco, medianamente pasando, y no tan bien hiriendo. Sabido es el juego de éste torero, que no aspira, en nuestro concepto, más que á ocupar un segundo lugar muy aceptable. Capeando, bastante desenvuelto.

Mazzantini, fresco, muy fresco, aprendiendo á recortar, sin acordarse del artículo 61 del Reglamento. Hiriendo, siempre por derecho y con decisión; pero pasando de muleta muy medianamente.

Ni le sirve de defensa en todas ocasiones, ni con ella castiga nunca. Acuértese de lo que le hemos dicho, y no se confíe, que el desahago debe estar en relación con la conciencia del saber.

Asistió S. M. el Rey. La Presidencia pesada.

DON JERÓNIMO.